Una historia concisa y con balance

Historia mínima de Colombia

JORGE ORLANDO MELO

El Colegio de México, Turner, 2017, 330 pp.

POR ALLÁ lejos y hace tiempo, en 1931, el historiador Herbert Butterfield de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, publicó un breve libro, *The Whig Interpretation of History*. Criticó la tendencia de los historiadores whigs —Hallam, Macaulay, Russell, liberales con *l* minúscula— a publicar versiones autocomplacientes de la historia inglesa como una corriente casi continua de tolerancia e inclusión secular, y a reinterpretar ciertas figuras del pasado como héroes del libre pensamiento cuando estuvieron muy lejos de serlo: de la Reforma europea dio como ejemplo al muy dogmático Martín Lutero. Mas a propósito de esta reseña del libro de Jorge Orlando Melo, señalo otro fenómeno pertinente: mientras los historiadores profesionales, monográficos, detallistas, escaparon en gran parte de ese vicio, las historias generales siguieron siendo demasiado whigs. Butterfield criticó a sus autores por repetir los viejos lugares comunes.

Al mismo tiempo, reconoció que la existencia de un gremio más y más profesional de historiadores, como ha sido el caso en Colombia en las últimas décadas, no impide ni hace innecesarias las historias generales, escritas para un público amplio. Las catorce versiones del conflicto, producidas en el curso de los acuerdos de La Habana, mostraron la imposibilidad de llegar a un consenso en ciertos temas, entre escritores o profesionales de la historia o aficionados. Pero, en general, Colombia ha sido bien servida por los que han intentado resumir sus historias en un solo tomo: desde la antigua pero todavía útil obra de Henao y Arrubla, pasando por los libros de David Bushnell, así como de Frank Safford y Marco Palacios, el país ha contado con esfuerzos valiosos, y de estimulante variedad en su contenido y en sus puntos de vista. Al listado se incluye ahora esta excelente “historia mínima” de Jorge Orlando Melo, ya en su quinta impresión, y víctima de por lo menos dos ediciones piratas,

veredicto popular incuestionable.

Escribir una buena obra de este carácter no es nada fácil. Aunque el texto viene sin el aparato de notas de pie de página ni citas largas, su autor tiene que ser muy erudito en campos tan distintos como la prehistoria, la pre-Conquista, las diferentes etapas de la Colonia y sus instituciones, la Independencia, los siglos XIX y XX, la historia política, económica y social... Es un ejercicio muy exigente, demanda humildad: el autor debe controlar sus propias predilecciones, evitar la retórica, ejercer siempre un juicio transparente.

Sus propias obras anteriores, su trabajo de bibliotecario y sus extensas lecturas garantizan la calidad y actualidad de su información. Melo escribe en un estilo claro, ameno, ideal para este tipo de reflexión. También le ha ayudado su experiencia en la vida pública en tiempos muy conflictivos, como consejero presidencial para los Derechos Humanos y consejero presidencial para Medellín. Y me parece que reflexión es lo que reclama esta coyuntura de la historia nacional, en un momento que exige pensar en dónde estamos, de dónde hemos llegado y hacia dónde vamos. Después de dar mi voto en favor del continuo éxito de su historia, como reseñador no me queda sino añadir unas reflexiones a su magistral reflexión, y unas pocas sugerencias, muy menores, a su posible mejora en subsiguientes ediciones.

Melo enfatiza, desde el principio, la gran variedad del territorio colombiano, el trasfondo de sus distintas culturas antiguas, de la tensión entre capital y provincias, entre nación y región. En eso me recuerda otro libro reciente, la historia ecológica y ambientalista de Julio Carrizosa Umaña, *Colombia compleja*, de 2014, donde se explica por qué la imposibilidad de un solo dominio regional impidió la emergencia de una cultura monumental precolombina, en contraste con México, la región de los mayas o el imperio incaico, algo que ocasionalmente duele a los colombianos: “no tenemos nada monumental”. Pero como insiste Carrizosa, Colombia no es México, ni Guatemala, ni el Ecuador, ni el Perú. Y como parte del Imperio español, siguió siendo singular: colonia o reino minero, “extractivista”

—en el congreso de historiadores de 2018, en Medellín, capital de la región extractivista por excelencia, tuve la experiencia algo irónica de observar a una audiencia respetuosa que escuchaba una larga diatriba en contra de la minería—, pero en su conjunto muy pobre, aislada y despoblada. Recuerdo las impresiones del virrey Manuel Antonio Flórez, un oficial con una larga trayectoria en otras partes de las Américas, consignadas en una carta de 1777:

Siempre estuve persuadido por el conocimiento que he tenido de las Américas que el virreinato de Santa Fe, pudiendo ser tan rico era tan pobre y miserable, pero nunca imaginé que lo fuera tanto exceso, ni podía presumir que se hallara en tan abatido estado, desprovisto enteramente no solo de caudales, sino de arbitrios y genios para buscarlos. La miseria en que sus habitantes se miran, que debería inspirarles deseos de dejarla, parece que les niega el auxilio de su bien.

El texto nos recuerda que la población total del inmenso territorio que iba a ser Colombia, en tiempos de la Independencia, no sobrepasaba 1.200.000 habitantes, la séptima parte de la población de Bogotá hoy; pero tal vez falta mayor énfasis en esas singularidades dentro de la América española. En la síntesis magistral de la sociedad colonial, parece que Melo se queda un poco corto respecto a la Iglesia y las órdenes religiosas, de tanto peso antes de la Independencia, y también después, y en cuanto a las fiestas y rituales de la vida pública que dieron su sabor, sus ratos de alivio, a ese pobre ambiente barroco.

Además de entregarse a un maravilloso ejercicio de gimnasia intelectual y moral, cada lector va a aprender algo nuevo de este libro: en mi caso, por ejemplo, sobre la enorme venta de naipes del monopolio colonial, y el hecho —espero cierto— de que entre “un poco más de veinte constituciones escritas en los dominios españoles entre 1811 y 1821 quince se escribieron en Colombia” (p. 110). Y cada pedante —gajes, o placeres, del oficio— va a encontrar uno u otro error menor. Por mi parte, dos cavilaciones: el capital para la construcción del ferrocarril de

HISTORIA		RESEÑAS
<p>Panamá, por largos años uno de los mejores negocios de su naturaleza en el mundo, fue estadounidense, no inglés; y como inglés dudo que hayamos ejercido un gobierno en San Andrés hasta 1786. Algunos piratas no son gobierno, y si hubo un simulacro de gobierno después de la salida de nuestros puritanos de la Providence Island Company —más de un siglo antes—, entonces no ha dejado ninguna huella en nuestra memoria oficial.</p> <p>Unas sugerencias: me parece que en la bibliografía mínima sería útil incluir una mínima selección de obras clásicas: fray Pedro Simón, <i>El carnero</i> de Juan Rodríguez Freyle, Pedro Fermín de Vargas, José Manuel Restrepo, Joaquín Posada Gutiérrez, el incomparable historiador nato José María Cordovez Moure, Ángel y Rufino José Cuervo, o solo Ángel... Un libro que va a ser de mucha consulta también merece un índice analítico completo, en el estilo anglosajón.</p> <p>Dudo que exista en el mundo una nación sencilla, sin complejidades, pero no me abandona la sensación de que Colombia es de las más complejas, por su natural diversidad, por su historia conflictiva, por su mezcla de fortalezas —y sí las hay— y decepciones: como observó Adam Smith, “there is a great deal of ruin in a nation” (“hay siempre una buena cantidad de ruina en una nación”), y todos reconocemos que Colombia en eso no es ninguna excepción. Los colombianos siempre han sido gente de diversos criterios y creencias. Nunca ha habido corrientes de opinión verdaderamente hegemónicas, ni “historia oficial” compartida. La imposibilidad de llegar a consensos sobre el pasado inmediato muestra eso, y no reconocerlo produce la confusión que se advierte en la polémica alrededor de la dirección del Centro de Memoria Histórica: el conflicto deja a los historiadores dos tareas, conexas pero distintas. Una es establecer el record básico de <i>qué pasó</i>, trabajo necesario, y nada fácil, pero en el que cierto grado de acuerdo es posible. La otra es explicar <i>por qué pasó</i>, algo en extremo más difícil, y es vano pensar que en eso algún director o centro va a lograr imponer su autoridad.</p> <p>Lo que vale en esta última tarea es la calidad de la reflexión. Para incentivar la lectura de este excelente</p>	<p>trabajo de Jorge Orlando Melo, cito su ejemplar párrafo final:</p> <p>La violencia ha sido ante todo de origen político, producida por el enfrentamiento de liberales y conservadores entre 1947 y 1957, y después por las guerrillas comunistas formadas a partir de 1964 y por la respuesta del gobierno, con frecuencia brutal e ilegal, y por los grupos paramilitares, creados desde 1978 por organizaciones de la droga, propietarios rurales y miembros de la fuerza pública para combatir la guerrilla. Esta violencia creó olas expansivas que desorganizaron la sociedad, cambiaron sus valores, debilitaron la justicia y la policía y dieron campo y estímulo a otras formas de delincuencia, como el narcotráfico. Y su relación con los problemas sociales y la desigualdad ha hecho que forme una trama compleja con acciones políticas legales y con organizaciones que promueven objetivos legítimos, lo que vuelve difíciles o poco eficaces las respuestas represivas. Esta violencia es la gran tragedia de la sociedad colombiana del último siglo y constituye su mayor fracaso histórico. (p. 324)</p> <p>Si el lector piensa que es fácil escribir con semejante balance y concisión, que lo intente.</p> <p style="text-align: right;">Malcolm Deas St Antony's College Universidad de Oxford</p>	